



Simone de Beauvoir, Jean Paul Sartre y Ernesto Guevara / Foto: Alberto Korda, 1960.

LA FOTOGRAFÍA QUE saco del álbum de la memoria es maravillosa. Es La Habana, es 1960. Los personajes son Simone de Beauvoir, Sartre y el Che Guevara. Sartre y El Che sentados frente a frente. Simone, en el mismo sillón que Sartre, los mira fijamente a ambos. Es como si no quisiera perder ni una palabra, ni un gesto, de ese encuentro que ella sabe muy bien, está construyendo la historia personal y la otra también, la Historia con mayúsculas. ¿De qué conversaban? ¿En qué idioma? Imagino desde una conversación banal y cotidiana en la que el Che le dice a Sartre que le tiene un regalo que le va a encantar: un puro Cohiba (hay otra foto donde el Che le enciende un puro a Sartre) hasta otra donde el Che le refiere a Sartre los logros de la joven Revolución cubana y la necesidad de extender estos logros a toda América Latina. Imagino a

Simone de Beauvoir apreciando el magnetismo y el *sex appeal* del Che, pero ¿qué le habrá parecido su ambición política? ¿Acaso habrá pensado en el peligro que podía correr ese joven si se lanzaba a tan necesaria y tremenda empresa?

De estos tres personajes emblemáticos para mi generación, dos de ellos quizás no sean reconocibles para los jóvenes de hoy. De Jean Paul Sartre tal vez hayan leído *La náusea* en la preparatoria, aunque nunca hayan visto una foto de él. De Simone de Beauvoir tal vez no hayan ni siquiera oído hablar. Sin embargo, todos, sin excepción, saben quién fue el Che Guevara y quizás por eso sientan curiosidad por saber más de los otros personajes. Una pareja que, desde mi perspectiva, marcó la historia del siglo xx.

Los factores que originan un cambio en las mentalidades de la

sociedad son difíciles de precisar. Es un lugar común decir que las mujeres de mi generación vivíamos la sexualidad con menos libertad que las jóvenes de hoy en día. A un tiempo se dice también que es indudable que mi generación, respecto a la generación de nuestras madres había, por lo menos, quebrantado una serie de tabúes, no sólo sexuales, también laborales y políticos.

Es claro que no podemos decir a ciencia cierta que tal o cual cosa fue la que desató un cambio. Sin embargo, yo quisiera aventurarme a pensar que tanto la obra como la vida de una pareja poco convencional para su época fueron indudables factores de cambio para muchos de los que nos formamos en lo que hoy se llama la generación del 68. Me refiero a Jean Paul Sartre y a Simone de Beauvoir.

*Los caminos de la libertad*, novela poco frecuentada hoy en día, era lectura obligada entonces. Nos identificábamos con los personajes hasta el extremo de vivir literariamente a través de ellos. Y también *El segundo sexo* ocupó no pocas horas de discusión entre los hombres y mujeres del 68 en México. Cada uno por su cuenta y los dos como pareja se convirtieron en un modelo a seguir en

## El álbum de la memoria

RAQUEL SERUR

(Profesora del Colegio de Letras Modernas / Inglesas)

más de un sentido. Intelectualmente admirábamos sus alcances filosóficos y literarios amén de su productividad infatigable. En términos vitales, su “compromiso” con la libertad y con la historia política y social de su tiempo eran impresionantes. Como pareja nos enseñaron que una relación amorosa no convencional era posible.

Hoy se sabe que ambos eran seductores y que tuvieron muchos amores pero tan sólo una relación duradera, la que mantuvieron a lo largo de 50 años. Lo que se ofrecían el uno al otro era la libertad individual de vivir la existencia sin las restricciones convencionales que derivan del matrimonio burgués. Por otra parte, redefinieron la lealtad entre la pareja distinguiendo entre el amor esencial y los amores contingentes, y establecieron el compromiso de contarse el uno al otro todo aquello que no fuera parte de su vida en común.

Resulta tremendamente ingenuo pensar que uno puede comprender o, peor aún, juzgar una relación tan compleja y fascinante como la de Simone de Beauvoir y Sartre.

Últimamente, a propósito de los 100 años del natalicio de Simone

de Beauvoir, he escuchado frases absurdas que, como muchas otras cosas en este mundo posmoderno, banalizan a los personajes y reducen su importancia como precursores. “¡Cómo debe haber sufrido Simone de Beauvoir al lado de Sartre!” o “No podemos ser ingenuas. Era una relación enferma donde la De Beauvoir tenía todas las de perder” o “una cosa era su obra como feminista y otra muy distinta su vida”. Se olvidan, tal vez, del grado de independencia con que vivió, del intenso amor que tuvo por Nelson Algren, de su amorío con Claude Lanzman, de sus múltiples relaciones lésbicas, fruto de su voluntad de vivir plenamente.

En fin, tanto Sartre como Simone de Beauvoir fueron en su tiempo, objeto de culto, para unos, y objeto de odio y crítica amarga, para otros. Lo que no podemos negar es que, independientemente de los paraísos e infiernos que vivieron juntos y cada uno por separado, marcaron la historia del siglo xx. Ahí están sus obras, ahí está la libertad que gozan muchas jóvenes y que, sin saberlo, se vincula, por lo menos en parte, a una pareja que, en 1960, en La Habana, en medio de otra Revolución, conversó con el Che. ♦